

# Prólogo al libro “La Asturias que emigró a América”, de Luis Arias

por Manuel Fernández de la Cera

Este libro de Luis Arias trata de la emigración asturiana en América, vista por tres autores clásicos –Clarín, Palacio Valdés y Pérez de Ayala- y uno actual, Xuan Bello. Son muchas las razones que se han dado para leer a los clásicos. Entre las más importantes, Italo Calvino<sup>1</sup> señala “su riqueza” y “su misteriosa relación con lo actual”. La gran complejidad del tema de nuestra emigración americana aparece en la visión de los cuatro escritores estudiados. Estamos lejos de una consideración idílica del tema. El emigrante partía por un problema económico, para solucionar, también, la presión demográfica del campo asturiano, siendo casi un niño, con unos dieciséis años, para evitar entrar en quintas. Este momento, sumamente doloroso, quedó magistralmente reflejado por el pintor Nicanor Piñole en su cuadro “El Emigrante”. Pero, a la vez que se aliviaba el problema demográfico, las parroquias asturianas se quedaban sin juventud: “Denantes había palumbes nesti pueblu, agora nuestres palumbes son los cuervos, expresa el poeta Felipe Prieto. A las penalidades del interminable viaje en el vapor, seguía, generalmente una etapa de gran dureza y, con frecuencia, de explotación. Y esto sin contar la posibilidad del naufragio ya en el viaje inicial, hecho nada remoto hace un siglo, cuando hubo alguna naviera que tuvo que cerrar por el hundimiento de todos sus barcos. En “Luz de Domingo” (1916), de Pérez de Ayala, Castor y Balbina mueren abrazados, al zozobrar el vapor, mientras su hijo se salva, cuando navegaban hacia América. En “El Idilio de un Enfermo”, Palacio Valdés relata la experiencia de un indiano, que sufrió una vida “de bestia enjaulada” por espacio de 36 años, “en el fondo de una bodega, vendiendo arroz y tasajo para los negros”, según recoge Luis Arias (pág.64). Pero el momento literario por excelencia es el que corresponde al regreso del emigrante y a su reinserción en la sociedad asturiana. Toda la complejidad de la vuelta a la tierrina, a la Itaca materna, se refleja en el cuadro de Evaristo Valle “El Indiano y su Mujer”: un anciano enfermo, esplendorosamente vestido, con sombrero de señorón, aparece al lado de una mozona alta y fuerte, tal vez la mejor moza del pueblo. Luis Arias subraya la crítica sin piedad a que nuestros clásicos, los tres grandes novelistas asturianos, someten al indiano regresado que se integra, de nuevo, en la sociedad

---

<sup>1</sup> Italo Calvino: Por qué leer los clásicos. Ed. Tusquets. Barcelona 1992.

asturiana. Seguramente, el motivo fundamental de la visión negativa que la sociedad de Vetusta manifiesta, en *La Regenta* de Clarín, con respecto a los habitantes de “la Colonia”, la zona del ensanche, habitada por los indianos, es, sobre todo, la envidia que provocan, inevitablemente, unos advenedizos que llegan a una clase social nueva para ellos. Clarín es manifiestamente injusto –como subraya Luis Arias- en su crítica a la arquitectura de los indianos. Aunque, sin duda, debieron darse manifestaciones de mal gusto estético en las casas de la Colonia, hoy podemos afirmar, sin ninguna duda, que la arquitectura indiana, tan estudiada últimamente, es de lo más estimable de todo lo construido en Asturias en el último siglo. Pero, la visión crítica de nuestros grandes novelistas a la integración social de los indianos en su regreso se compensa con una valoración positiva de su desmedido amor hacia la tierra de origen y de su contribución al bienestar de sus familias. En el cuento “Boroña”, el indiano Pepe Francisca, que regresa enfermo y con unos baúles cargados de tesoros, es visto por Clarín con infinita ternura. No así el cuñado y los sobrinos del emigrante, que lo esperan, como cuervos, sin otro sentimiento que el de heredarlo. Al final ya de su extensa obra literaria, en 1931, *Palacio Valdés* muestra en la *Sinfonía Pastoral* una gran comprensión e, incluso, una valoración positiva con el hecho de que los indianos se casen con señoritas de la buena sociedad asturiana. Pérez de Ayala llega a proclamarse a sí mismo –como recuerda Luis Arias- como un indiano de las letras. En todo caso, la crítica de nuestros más grandes escritores no hace justicia a la gran contribución de nuestros emigrantes en América a la modernización y progreso de Asturias en el último siglo y medio. Valentín Andrés subraya esa gran contribución, no sólo a las economías familiares, sino, sobre todo a la construcción de escuelas, caminos, traídas de aguas, así como a la creación de bancos y, en general, a las inversiones en su lugar de origen. También recoge Luis Arias las leyendas que relata Xuan Bello, relativas a los perdedores de la emigración, que es la otra cara de la Asturias transterrada. Un libro, en suma, que hace honor a nuestros clásicos y que es una aportación decisiva para el conocimiento de la emigración.